

La carreta

— Envío del autor —



Madera de Amighetti.

Como este enjambre de recuerdos tristes me impide dormir, me levanté a enclavarlos sobre este papel para que aquí se queden y me dejen en paz.

Mi hermanito mayor, otro «poco» de vagabundos y yo, jugábamos trompo en un trozo de calle, frente a mi casa campesina.

Corría el año de 1918 y era el 4 de julio.

La «mancha brava estorbosa» que jugábamos nos inspiraba gran interés; yo, por mi parte, hacía todo lo posible para no errar tiros y evitar, así, que «santiguaran» a mi «pirinola» con cincuenta «mecos»; nada menos. Era la única y había que defenderla; aún recordaba los sobresaltos que tuve para sustraer la peseta, cinco por cinco, de debajo del «petate», de sobre el «tenamaste», de la bolsa del delantal, para comprarla escondido y llegar diciendo luego que me la regalaron o que me la encontré.

Pero de pronto, la voz agria de mi papá gritó: «Emiliano, busque su machetito y vamos a traer la leña».

Había llegado papá con una carreta e iba a sacar la leña que, desde ayer, estaba picada en el monte.

Claro, a mí ya no me importó la «mancha brava» y quise ir a pasear en carreta, comer «nancetes» en el monte y volver tarde a casa; comer con papá, que regresaría sudando y sucio, la comida calentada que nos serviría mamá en la mesa grande, como a los trabajadores. ¡Cómo no! Yo quería ir y como no me invitaban a mí, pues, sencillamente, apliqué el gran remedio: me puse a llorar. A los gritos salió mi mamá, la gran intercesora, y sin preguntarme algo me «encaramó» en la carreta. No bien estuve arriba dejé de gritar; sentí que me pusieron un pedazo de «tortilla» en la mano, que me dieron un beso y... viaje.

Durante el camino, charlando banalmente con Emiliano, de cuando en cuando mordisqueaba la «tortilla», saboreándole el azúcar del beso de mi madre con la sal de mis lágrimas y gozaba, mi palabra...

Bueno, aquí se acaba la alegría; pasó como siempre: ilusiones sin fin que se sustentan y que mueren ante la primera realidad.

Se me acabó la «tortilla»; comencé a sentir el sol y como ví que mi papá no llevaba «calabazo» con agua, me dió sed. Entonces fué cuando me dijo Emiliano: «¿Ves, haragán, para eso querías venir, pa venir «fregando»? Aquí no hay agua; «aguantá» como nosotros que...»

— «Cállese, cállese—le dijo mi papá— ya me tienen aburrido con esa habladera».

Chitón! Le apagaron el candil y se tuvo que quedar calladito. Cuando volvió a hablar, fué para pedir agua, como yo.

Llegamos por fin al picadero; papá cargó la leña y allá, arriba de la carreta, nos hizo unos como nidos para que allí viniéramos.

Emiliano, como más «gallotón», se adueñó del que estaba más hacia la rueda que era, a nuestro entender, el mejor, porque permitía ir viendo rodar las llantas, ver las plantitas cuando pasaban corriendo debajo de la rueda, en fin... Como yo lo quería también, dispuse aplicar el gran remedio; pero volví a ver a papá, le ví la cara amarga, la faja ancha, pensé que mamá estaba muy lejos y no hubo más remedio que pujar para adentro.

Cargada la carreta, nosotros «enculpiados» y papá montado en el timón, emprendimos el regreso.

Caía la tarde.

Había en el campo mucho silencio.

Sólo de vez en cuando las urracas metían un ruido corto pero se callaban arrepentidas y avergonzadas porque las «chicharras», con todo y ser más chiquitas, les imponían silencio con un prolongado: shsh...

Hora del crepúsculo; hora de la duda; abajo, silencio y en el cielo, en occidente, un celaje rojo. ¡Quién sabe por qué se había «chillado» el cielo!

Los bueyes, siempre en su marcha pesadamente lenta, iban distraídos conversando con el camino blanco y le decían: «Amigo, tú que en la lejanía del

llano te juntas con nuestro hermano, el cielo, dile que estamos tristes; estas correas negras que fabrican los verdugos con nuestras propias pieles, nos impiden sacudir el yugo y contemplar el cielo indefinido, como tú y sereno, como nosotros...»

Alguien, nos tocó fríamente por detrás. Vino calladitamente escurriéndose por entre los árboles y... ¡zás!, nos metió un susto... Era una brisa suave y vagabunda...

Después que pasó nos hacía burla con su silbido.

Cuando pasó esa brisa, nosotros tres nos quedamos silenciosos. Yo no sé qué nos hizo presentir que tras esa brisa fría, venía la muerte trágica. La esperábamos resignados y compungidos para que fuera clemente y misericordiosa...

Una brisa áspera sopló!

— «Papacito, se me cayó el sombrero»—dijo Emiliano.

— «Jesús hombre, qué muchachito más inútil es Ud.; apéese y lo junta»—Paró la carreta.

Mi hermanito se apeó, tomó su sombrero y al regresar a la carreta quiso subirse por el espacio comprendido entre la rueda y el buey. Al hacerlo tropezó y vino al suelo, quedando con la cabeza puesta delante de la rueda; asustado el buey caminó y la rueda, al girar, le subió por la nuca, le estrujó la cabecita y le bajó por la frente...

Yo me caí o me tiré de la carreta, no sé si grité.

Papá, sin darse cuenta, siguió en la carreta que caminaba de nuevo.

Mi hermanito quiso hablarme pero le faltó la vida y sólo yo lo ví morir.

Quise subírmelo al hombro pero era yo demasiado débil todavía.

En la desesperada inconciencia de mis cinco años, no sabía qué hacer.

Estaba solo, no sé cómo.

Miré en derredor: una carreta inconsciente que se alejaba tranquila; el campo, desolado y silencioso, que comenzaban a invadir las sombras me mostraba inclemente su indiferencia ante mi dolor; sólo la noche negra, con sus alas gigantes, me abrigaba compasiva y en una sombra más intensa todavía de dolor, se sumía, angustiada, mi pobre alma de niño.

Por fin pude gritar: Papá!

Se asomó, vió la sangre, corrió hacia el punto y no es para describirse el dolor que su expresión manifestó.

— Papá, papacito; mate esos bueyes, ¡esos bueyes del diablo! Quién sabe que más le dije yo.

— «Cállate, hijito; cállate por Dios!».

Tomó al otro entre sus brazos y partimos a pié, rumbo al hogar, nido del corazón.

(Pasa a la página siguiente)